

La Esfera

3 Febrero 1917

Año IV.—Núm. 162

ILUSTRACION MUNDIAL



RETRATO DE LAS HIJAS DE LOS SEÑORES DE B..., por Manuel López de Ayala



“¡Abandonada!”, composición fotográfica de Buerbe

DE LA VIDA QUE PASA

IMPORTANCIA SOCIAL DEL ARTE

TAREA es reservada para la historia de las bellas artes el descubrir las diversas influencias que concurrieron á darles origen y desarrollo. Cuántas fueron estas influencias, con qué eficacia cooperó cada una, son cuestiones de tan dificultosa solución, que no creo puedan darla los más entonados ingenios de los siglos por venir, ya que hasta el presente ninguno se halló capaz de satisfacerlas. Pero todos están, y es de creer estarán siempre de acuerdo, en un punto, conviene á saber: que el arte es un fenómeno social. Lo es en su aspecto subjetivo, por ser la emoción estética la más universal y completa de las emociones y abarcar al hombre entero en su doble aspecto físico y moral. Lo es también en su aspecto objetivo, por cuanto ninguna sociedad pretérita ni actual, aun siendo muy rudimentaria ó primitiva, ha ignorado el arte. Los psicólogos encuentran placer estético hasta en las funciones de la reproducción y aun de la nutrición. Los sociólogos encuentran el germen de las bellas artes en el tatuaje estrambótico con que los salvajes cubren su cuerpo y en el esfuerzo que hacen para dar una determinada forma al mango de su hacha ó de su cuchillo.

No es esto decir que las bellas artes hayan nacido, como toda industria, de la necesidad ó de la utilidad. La belleza y el gusto no dicen relación á las exigencias inmediatas de la vida, pero sus productos y creaciones son sociales en un sentido superior, por cuanto despiertan sentimientos altruistas y mueven nuestra actividad, invitándonos á obrar con arreglo á los ideales más elevados. No es la sociabilidad lo que guía la mano del que fabrica una herramienta, que bien puede limitarse á su propio servicio y particular uso; pero, apenas la decora, lo hace ya con el

fin de que agrade á sus semejantes ó provoque en ellos su admiración, es decir, con arreglo á un fin social.

Un joven y docto escritor español, Eliseo Guardiola, ha publicado recientemente, y con el mismo título que el que encabeza estas líneas, una excelente obra en que prueba que la virtualidad y la moralidad del arte nacen de la misión educativa y del fin social que desempeña. Moralidad y sociabilidad son dos cosas inseparables. Quien dice sociabilidad dice educación. Desde el momento en que se reconoce al arte una influencia directa en los destinos humanos, hay que concederle también una finalidad cuya realización revista la mayor importancia.

De cualquier suerte, no podemos capitular con la vieja opinión, recibida de muchos modernos, que quieren sustituir por el arte la religión y la moral, la familia y el Estado. Mas, porque los que esta afirmación propugnan no presentan razones de peso en su abono, con la facilidad con que la afirman, con esa podemos negársela, siquiera les concedamos que el arte debe ser, ante todo, expresión de la verdad y del bien, y los temas en que se inspire los principios eternos que sirven de base angular á las instituciones sociales y los grandes sentimientos del amor y del honor. Aun en su aspecto de lujo ó de juego, el arte es siempre una fuerza de que el individuo y la sociedad pueden valerse para realizar sus fines, y que por sí solo contribuye en tanto ó mayor grado que las demás potencias del espíritu humano, á la educación del individuo y de la sociedad.

Al final de su libro *Apolo*, que es una historia general de las artes plásticas, el insigne Reinach se pregunta si será, sobre todo, realista el arte del porvenir, y responde negativamente. No es eso

suponer que el arte sea una ocupación pueril llamada á alegrar la infancia de la Humanidad y que ésta deba un día rechazar de sí, como el adolescente arroja los juguetes que sirvieron para divertirse en la niñez; pero ¿qué mejor signo de los tiempos que la invasión de la industria y de la ciencia aplicada en el dominio de las artes todas? Uno de los más hermosos descubrimientos del siglo XIX, la fotografía, nos ha familiarizado con la realidad, haciendo accesible á las fortunas más modestas y á las aldeas más escondidas los goces de lo bello y del arte. ¿Qué artista, aunque estuviese dotado como un Van Eyck, podría ni querría competir hoy con una placa sensible? Lo que se pide, sobre todo, al arte, es lo que la fotografía, aun la policroma, no puede dar, como la belleza sugestiva de las formas y los movimientos, la radiación, intensidad ó misterio del color, en una palabra, el equivalente, en el terreno del arte, de lo que es la poesía en el de la literatura. Estoy convencido de que el arte del siglo XX será idealista y poético, á la vez que popular, y que traducirá la eterna aspiración del hombre, de todos los hombres, hacia lo que falta á la vida diaria, hacia esa superfluidad y ese deleite que reclama nuestra sensibilidad y que no puede satisfacer ningún progreso de orden utilitario. Por tanto, lejos de creer que haya acabado la misión social de arte ó que esté tocando á su término, pienso que el siglo XX le concederá un lugar todavía más grande y amplio que los anteriores. Y es de esperar que dé una importancia creciente en la educación á la enseñanza del arte, consagrándole á procurar la más estrecha simpatía entre los hombres y enlazándole con los destinos más nobles de nuestra naturaleza.

EDMUNDO GONZALEZ-BLANCO

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



TOLEDO.—FACHADA DEL HOSPITAL DE SANTA CRUZ, CUYA ANTIGÜEDAD Y EXTRAORDINARIO MÉRITO ARTÍSTICO HACEN DE ÉL UNO DE LOS MÁS HERMOSOS MONUMENTOS DE LA IMPERIAL CIUDAD

FOT. CASTELLÁ

LA ESFERA

ARTE MODERNO



UNA MOCITA, cuadro de Manuel López de Ayala

MOMENTOS HISTÓRICOS
REGICIDIO FRUSTRADO

(2 de Enero de 1852)

El 20 de Diciembre de 1851 vino al mundo en el Regio Alcázar desta Corte Su Alteza la Serenísimá señora infanta Doña Isabel. Siente hacia ella el pueblo la misma devoción y pletesía que sintió por su abuelo el *Deseado* Fernando y por su madre, la de los tristes destinos, pues que todas las furias de la política se enroscaron enredor de su trono hasta hacerle rodar por el suelo.

Con grandes ansias esperaba la nación un infante que asegurara la solidez del trono; pero los hados fueron servidos de disponerlo de otra manera.

Fué toda una época que en las hojas de la Historia de España quedará registrada con cintas de rosa.

Al día siguiente celebrese el bautizo, siendo padrinos los abuelos de la recién nacida, Doña María Cristina y D. Francisco de Paula.

El pueblo no tomó mucho regocijo del acontecimiento, porque en lugar de una infanta esperaba y había menester un rey.

Andando el tiempo, cuando trató de cerca á Su Alteza, se alegró mucho del suceso; pero no por el entonces.

Previamente se restableció Su Majestad, y desde el primer instante en que vióse en vías de convalencia, fué su pensar salir á misa de parida, no tanto por rendir culto á la piadosa costumbre como por ofrecer en los altares el primer fruto de sus amores.

Fué pues señalado para la ceremonia en la Basílica de Atocha el día 2 de Febrero de 1852.

Llegó esta fecha y toda la corte agrupose en torno de la reina Isabel, que estaba radiante de hermosura.

Fuera esperábase el pueblo, también de día de fiesta, y más como amiga que como soberana.

Parece que es tradicional y palatina costumbre el que antes de salir las reinas á misa den gracias á Dios en la capilla de Palacio, y así hízose esta vez.

Cumplido que fué el homenaje al Rey de los cielos, salió Su Majestad de la capilla tomando por la galería de la derecha para dirigirse á la escalera, á cuyo pie aguardaba la carroza de la corona. A este tiempo sonaba la una en el reloj del Alcázar.

Risueña, llena de alegría marchaba la soberana, mostrando en la placidez de su rostro toda la ventura de su corazón en tales momentos,



"El bautizo de la reina Doña Isabel II"
(Cuadro de Benjumea, que se conserva en las galerías de Palacio)

cuando al dar la vuelta al ángulo que corresponde al Salón de las Columnas, de entre la fila de alabarderos destacose un sacerdote que, humilde y reverente, llevando un memorial en la mano, salió al paso de la reina.

Un poco sorprendida por aquel rompimiento de la etiqueta á ciencia y paciencia de sus mismos guardianes, detúvose la Señora.

Algo extraño hubo sin duda alguna de advertir en los ojos del clérigo, porque en lugar de tomar prontamente el pliego que parecía ofrecerle, le preguntó:

—Pues, padre, ¿qué quiere?

Y el tal entoces, por toda respuesta, asestola una puñalada, cuya arma traía oculta por el mismo papel que semejaba ser un memorial.

La reina dió un débil grito, llevose la mano al costado, que retiró con el guante teñido de sangre, y desvanecida diera en las losas si luego no acudiera á sostenerla la Marquesa de Povar.

Aún tenía propósito de segundar el agresor, y lo hiciera si no le atajara uno de los guardias alabarderos, al que presto ayudaron los duques de Osuna y Tamames y el marqués de Alcañices.

Enorme revuelta y terrible confusión prodújose en toda la galería.

La voz de «Han muerto á la Reina» dada por las personas que estaban más cerca, corrió como un reguero de pólvora.

La gente, asustada, corría de un lado para otro, aglomerándose al pie de las escaleras.

Hubo sustos, desmayos, pisotones, mantillas rotas, bolsillos perdidos y alhajas robadas, que todo revuelo es almadraba para los amigos de lo ajeno...

Su Majestad, rodeada del rey consorte y de las damas, una vez vuelta de su desmayo, no hacía más de preguntar angustiosamente por su hija, recelando que también su tierna niña hubiese merecido las iras del furibundo tonsurado; mas el teniente de alabarderos, D. Manuel Menos, tomó á Su Alteza en alto y la mostró á los ojos de la angustiada madre.

Cerciorada Doña Isabel de que su hija estaba salva y sin amenaza alguna de peligro, tornan-

do por su pie sobre lo andado, encaminose hacia sus habitaciones.

Y lo primero que habló respecto al mal suceso, fué para pedir el perdón del criminal.

Al entrar en su cámara, como viese todo el vestido manchado de sangre, fué presa de un nuevo desvanecimiento que le duró más de un cuarto de hora, llenando de consternación á todos los presentes, pues de pronto no pensaron otra cosa sino que habíale llegado la hora postrera, por la que todos tenemos que hacer el forzoso tránsito de esta vida...

Merced á los recamados de oro que adornaban el vestido de corte y á la dureza de una ballena del corsé, la herida no tuvo otras proporciones que las de un profundo arañazo...

No más de por precaución ordenaron los médicos que se le hiciese una sangría no muy copiosa, y así como llevose á cabo la operación, quedó Su Majestad completamente tranquila.

Ciertamente, no llegaron á saberse las ciertas causas que motivaran este atentado. No faltaron los que creyeron que fué obra más de un loco que de un asesino.

Marín Merino Gómez llamábase quien tuvo tan desdichado acuerdo. Contaba la edad de sesenta y tres años y desde 1815 servía á Dios en los altares.

Perseguido como liberal emigró á Francia en 1819. Volvió á España en 1821, y hallose en la jornada del 7 de julio de 1822, peleando contra la Guardia Real, lo que le valió ser preso en 1825; pero escapose nuevamente á Francia, llegando á ser párroco de Agens en 1850, en cuyo menester estuvo hasta 1841 en que retornó á Madrid, consiguiendo una capellanía en la parroquia de San Sebastián.

Logró un premio importante en la lotería y con él dedicose al lucrativo negocio de la usura...

Aunque la piedad de la Reina quería alzarse sobre el delito y perdonar á fin de que en la otra vida fueranle á ella perdonadas sus culpas, el Gobierno no creyó haber lugar y el infelice clérigo sufrió el castigo de su desmán siendo ahorcado, descuartizado y quemado su cadáver en el Campo de Guardias la mañana del 7 de Febrero del dicho año 1852...

DIEGO SAN JOSÉ



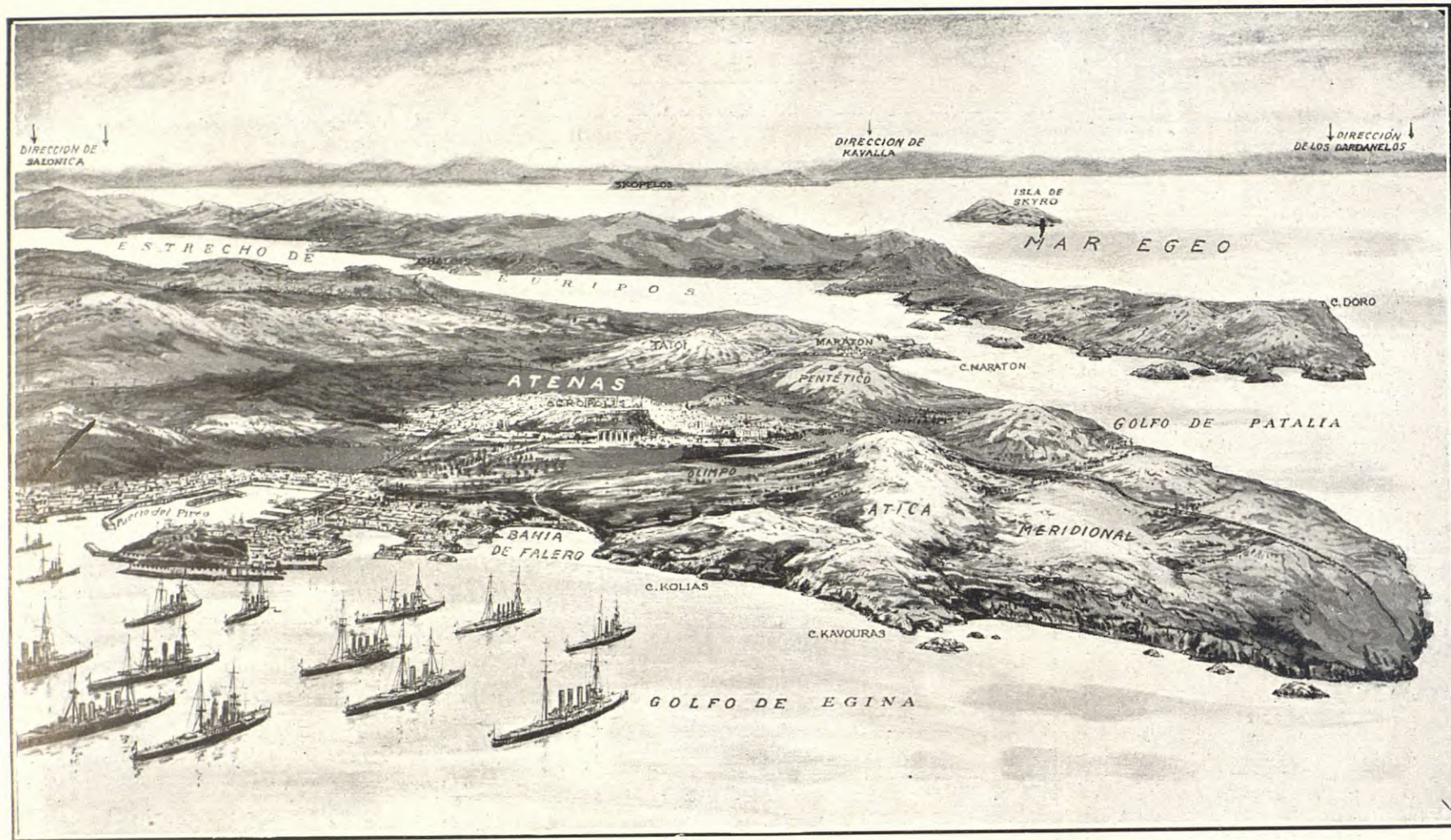
La reina Doña Isabel, en 1852



El cura Merino, que atentó contra la Reina

LA ESFERA
NEUTRALIDAD DAÑOSA

LAS TRIBULACIONES DE GRECIA



Las escuadras aliadas ante la costa griega, en el Golfo de Egina, al dirigir el "ultimatum" al gobierno helénico

LOS pueblos débiles no les queda ni el supremo recurso de tener voluntad para apartarse del conflicto, cuando éste precisa para su desarrollo sangriento usufructuar territorios de aquellos. La neutralidad es un lujo que no está permitido y hasta impuesto á los que por nuestra situación geográfica nos hallamos apartados de los lugares donde se debaten razones y sinrazones con el poder de las armas, el estruendo del cañón y las argucias y elucubraciones de la Estrategia.

Los partidos políticos de Grecia alzaron distinta bandera con respecto á las ideas que en lucha tenaz ensangrentaban los campos europeos, y esta división política, que produjo primero indecisiones y zozobras, es hoy causa marginal del infortunio heleno. Perdida la oportunidad de acción, Grecia es ahora víctima propiciatoria de sus escisiones internas; sometida al yugo de la Múltiple Entente no le queda otro recurso que acabar sus designios y dar pronto cumplimiento á las peticiones que puedan formular sus conveniencias bélicas y sus razones estratégicas.

Se han cumplido todas, absolutamente todas las exigencias de los aliados para con la patria de los héroes legendarios.

De ultimátum en ultimátum, Grecia ha asido hasta las heces el cáliz de la amargura, y hoy, por exceso de neutralidad inoportuno, se

encuentra sometida sin voluntad á lo que las circunstancias quieran hacer de ella. Muchas veces se dijo que la nación helena se inclinaba por fin á uno de los bandos beligerantes; pero otras tantas hubo que desmentir precipitadamente la noticia; los helenos aceptaban y acataban todas las condiciones del ultimátum que en cada ocasión hizo sospechar en un arranque de energía, y estoicamente, resignadamente, se entregaba á su aciaga suerte sin contrariarla, sin esa levadura de rebeldía que es, sí, causa de la muerte de los pueblos, pero que es también signo indeleble de su gallardía bizarra. Ahora puede decir á tirios y á troyanos, como el viejo cantar aragonés:

Ni contigo ni sin ti
tienen mis penas remedio
contigo porque me matas
y sin ti porque me muero.

En la política internacional, como en la vida de los hombres, hay que ser oportunista. Grecia ha cometido el horrendo pecado de dejar de serlo; parece como si hubiese esperado en ocasiones una fuerza extraña que no ha llegado á cristalizar en positivo influjo.

Por su abulia censurable, sufre Grecia todos los horrores y todos los maleficios de la guerra, sin que puedan, en su día, compensar su esfuerzo, gane á la postre quien ganare, los laureles del triunfo y los corolarios de la victoria. En su

territorio, convertido en teatro de operaciones, se libran rudos combates; la artillería de los dos bandos beligerantes desmorona con sus continuados disparos los edificios de sus pueblos y ciudades en las márgenes del Struma, del Vardar y del Cherna: no hay seguridad posible para sus habitantes, sujetos, además, á las duras leyes de la guerra, y enemigos, por su misma neutralidad exagerada, de montescos y capuletos. Les pasa algo así como en nuestras perdidas colonias á los chinos, que solían decir muy justificadamente: «Gane quien gane, chinito siempre pierde». Y era legítima verdad.

Grecia tiene una extensión de litoral muy grande, y por ello temió que si se inclinaba del lado de los Imperios centrales peligraban sus costas y sus puertos, y la vecindad de Bulgaria y el ejemplo durísimo de la conquista de Servia, la atemorizaron para oponerse por las armas á la voluntad germánica, y en esta indecisión juzgó prudente y fué suicida quedarse á la expectativa, aguardando, como el famoso cosechero jerezano, mejor ocasión para decidirse, y ya no le queda otra decisión que acatar los hechos consumados y sufrir lo más resignadamente posible la doble tiranía de los pueblos en lucha, que hubieran preferido á su docilidad de impotencia, su gallardía de heroica rebelión.

AURELIO MATILLA



Vista panorámica de El Pireo y del Atica

SONATA DE AMOR



¡Mujer! ¡Pájaro sin alas!
¿Qué hicieron primero, di,
tu cuerpo para tus galas
ó tus galas para tí?
¿Quién pintó las bellas rosas
que matizan tu contorno
y enrojecen orgullosas
porque son tu vivo adorno?
¿Quién modeló tu figura
rindiendo así el vasallaje
de tu gentil hermosura
á la gloria de tu traje?
¿Quién te da esa distinción
tan señorial y suprema?

¿Quién te puso una diadema
de reina por corazón?
¿Quién la palabra exquisita
entre tus labios coloca,
flor que nunca se marchita
con el fuego de tu boca?
¿Quién te dió por dote rara
la gracia con que descuellas
y enconó esas dos centellas
en el cielo de tu cara?
Mujer que volando pasas
sobre el oro de la vida
y con infernales brasas
dejas tu huella encendida;

detén tu vuelo, y advierte
que es muy perverso tu afán,
ya que vas dando la muerte
por las vidas que te dan;
detén el paso y restaña
con algún beso de fuego
la herida que más me daña,
la que abriste en mi sosiego,
y fiende las níveas alas,
pues por mi mal, descubrí,
que por tu amor y tus galas
suspirando me perdí.

LEOPOLDO LÓPEZ DE SAÁ

¡CABALLOS!...

¡CABALLOS!...



El caballo de Atila

La sequía devasta la Pampa argentina. Es una tragedia que no encontrará cantor, porque los hombres huyen de la tierra resquebrajada, donde todo verdor ha muerto, y nadie presencia la lucha titánica de los animales hambrientos y sedientos con la Naturaleza impasible, sin ojos para ver el dolor y sin corazón para sentirlo. En los bordes de las torrenteras secas, bandadas de buitres y cóndores devoran los caballos que allí cayeron extenuados esperando que llegara, como otras veces, la corriente del agua. Espantarán las cifras de esta mortandad el día que puedan calcularse, cuando las nubes aparezcan, la lluvia caiga, las praderas se cubran de hierba y vuelva a intentarse reconstituir las cabañas, que eran honra y riqueza de la tierra gaucha.

En Europa, en cambio, se ha desatado la ira de los hombres. No es necesario ya el corcel de guerra, que acompañó al hombre en todas sus locuras bélicas. El centauro de antaño se ha convertido en topo. Atila no podría ya cabalgar en su caballo de plantas exterminadoras; Napoleón tampoco podría pavonear su figura sobre el bridón blanco; el Cid sobre Babieca, con todo el esfuerzo de su brazo y todo el ánimo de su corazón haría un tristísimo papel si pareciera por los alrededores de Verdún ó las orillas del Danubio. Acaso, acaso, el mismo Apóstol Santiago tuviera que retirarse Vía Láctea adelante porque los telescopios y reflectores que escurriñan el cielo le creerían a lo sumo un monoplano de juegos infantiles.

Sin embargo, la guerra en Europa y en Asia Menor ha consumido y consume cada día miles de vidas de caballos y de asnos, que son los verdaderos, los únicos amigos que el hombre ha conseguido conquistar en el reino animal, y a los que no ama porque no le adulan, como el perro lacayo. Desde el caballo de carreras, al que su dueño, descendiente, acaso, de Calígula, cree agasajar, manteniéndolo en establos de blanco mármol, cubriéndolo con ricas mantas y poniendo a su servicio varios criados, hasta el desmedrado burro que en su vejez acompaña a la miserable basurera en

nuestras ciudades castellanas, los lomos trabajadores de estos útiles animales soportan con una resignación jóbica, por no decir cristiana—que bien pudiera decirse—las iras del hombre, desatadas en una brutal y continuada injusticia.

De tal modo han auxiliado al hombre el caballo y el asno desde las horas inciertas en que la Humanidad comienza a darse cuenta de que puede ejercer una soberanía sobre todas las cosas creadas a su alrededor, que en la Historia de la Civilización debiera especificarse, con todo detalle, la participación que ambos animales, especialmente el burro, han tenido en esta obra de hacer del hombre algo superior al salvaje primitivo, que tuvo por presuntos parientes al orangután y al chimpancé.

No se crea, porque es un prejuicio bastante extendido por la ridícula vanidad humana, que no quedan ya de estos salvajes más que en las fuentes del Amazonas y en algunas cumbres del centro de Africa. La salvajidad perdura en el corazón y en la conciencia de las naciones europeas, y ese modesto bárbaro que apalea a su desmedrado rocín ó a su cuartago en medio de la calle puede, acaso, tener más humanos sentimientos que los diplomáticos y los estadistas que han desencadenado esta tempestad de barbarie sobre Europa.

Hay un hecho indudable: incluyendo al caballo de Calígula, que, según las historias, no representó mal su papel, y acaso era menos estúpido que los degradados ciudadanos de la Roma alegre y confiada, cuantos bridones y rucios han alcanzado preeminencia y fama, cumplieron bien su obligación,

y no hay de ellos palabra torpe que decir. Gran parte de la riqueza que posee la Humanidad ha sido producida por estas resignadas bestias. El único de ellos que ha fracasado, y suponemos que seguirá fracasando a través de los siglos, es el rucio, sobre cuyos lomos entró Jesús en Jerusalén. La divina epopeya, aun en sus tremendas horas de dolor, se nos aparece como un oasis de ignorados caminos, al que



Rocinante



El caballo de Calígula

nunca sabremos llegar. No ya la guerra bárbara y cruel, sino la esclavitud, la prostitución, la usura, el salariaje, la idolatría, el hambre, la ignorancia, los Estados organizados como Moisés los conociera, siguen siendo el patrimonio espiritual de la Humanidad, y las palabras de Cristo, estériles y desoladas, siguen cada día siendo crucificadas en todas las conciencias. Por optimistas que queramos ser y por mucha fe que queramos tener en la Humanidad, se la ve caminar en un retroceso espiritual é ideológico, á medida que avanza en su progreso técnico y á medida que la Naturaleza le va revelando sus misterios, llenos de fuerza. Pensamos unas veces que ciertamente lo único que nos separa y diferencia de la animalidad es el don de la palabra, y acaso esto sea orgullo pecaminoso y soberbia satánica, porque, en realidad, no sabemos si los animales tienen lenguaje también, ya que la ignorancia del hombre es tanta que aún no ha acertado á descifrar qué endechas tiernas de amor dice el burro en su rebuzno y el caballo en su relincho, así como ignora las leyes estéticas en que pueda tener fe la rana que croa ó la corneja que grazna.

Otras veces imaginamos que no nos diferencia de las bestias más que el sentimiento del egoísmo, que en ellas queda circunscrito á los límites del instinto de conservación, mientras que en el hombre sustituye á la razón y agarrota á la conciencia, convirtiéndose en el eje y fundamento de todo nuestro orden social. Hace leyes, constituye gobiernos, acapara la propiedad, divide á las gentes en castas, sustituye á Cristo con el Becerro de Oro que creyó haber destruído Moisés, se hace dueño de la tierra, organiza ejércitos, trama guerras, y con el nombre de cristiano, llevando en una mano las Sagradas Escrituras ó la efigie

se les aleja del poder público, ni el rucio de Sancho, de tan española y burlesca grosería, porque tendríamos el temor de asemejarlo á cualquiera de nuestros amigos bien comidos y bien avenidos á toda realidad... Sea nuestro símbolo y nuestro norte el rocín de Esopo. Los arqueólogos y los historiadores discuten si llegó á existir, y, en este afor-



La cabalgadura de Jesús

tunado caso, si fué burro ó fué burra. Velázquez, que pudo eternizarlo en su adivinación portentosa del fabulista griego, nos privó de conocerle. Sabemos de él que fué un burro feliz. Su dueño era mordaz y él rebuznaba. Apenas pensamos en él un momento nos quedamos sorprendidos. ¡Demonio! ¿Cómo subió tanto en nuestra edad...? Helo aquí, cargado de condecoraciones. Ha sido hasta jefe de partido. Se nos humedecen un poco los ojos, y con la voz temblorosa de emoción acudimos á él, repitiendo: ¡Mi querido amigo...!

DIONISIO PEREZ

DIBUJOS DE MARÍN



El burro de Esopo

del Crucificado, alza altares en su corazón á todos los dioses bestiales que la Humanidad ha conocido: á Moloch, á Vichnú, á Marte...

Desde su mundo, desde su idealidad —que, sin duda, deben de tenerla—, estas pobres bestias que nos acompañan en la vida —el caballo y el burro, el perro y el gato y las parleras avejillas que cruelmente enjaulamos—, deben de sentir por nosotros los hombres un gran desprecio. Son testigos diarios de nuestra crueldad y nuestra codicia, de la bajumbra moral que nos ata inexorable á la animalidad de donde procedemos. Y, sin embargo, en ellas hay un resignado espíritu de sacrificio. El perro tiene de su exis-



El caballo blanco de Napoleón

HAMBRE DE AMAR



ZIZETTE es una francesita de líneas gráciles y flexibles que conocí en París. Frívola, elegante y gárula, tiene un poder de seducción irresistible. Sabe armonizar lo opuesto y contradictorio: la ingenuidad y la coquetería.

La he rememorado muchas veces, paseando con hombres solos como yo, Castellana arriba, hundido en un *fiacre* soñoliento, y he reconocido, sobre todo, su superioridad definitiva, sentado junto á mujercitas españolas en la triste soledad de dos en compañía.

Ayer tropecé con ella en Recoletos y bendije mi fortuna. Nos cogimos alegres por el brazo y ascendimos por la calle de Alcalá, que hervía en gente de toda clase y condición. Hombres ce-trinos, pálidos y ojerosos, suspendían su conversación, miraban á Zizette ardorosa, tenazmente, y volvían la cabeza; un rosario de miradas febriles se abría á nuestro paso. Algunos, más osados, rozaban con su traje el hombro de Zizette, y otros dejaban en su oído con voz queda unas frases de burdel.

Zizette comenzó por asombrarse, y más tarde el asedio continuado la indignaba. ¿Por qué esas miradas tenaces cayendo incesantemente sobre la mujer?

La vida española es de una desconcertante y absurda arbitrariedad. Grandes masas de hombres solos y de mujeres solas cruzan por las calles encendidas de pasión. Se buscan, pero no se en-

tienden nunca. El hombre no tiene ante sí más que dos caminos, el matrimonio, que le brinda una insufrible é inacabable monotonía, y el gineceo, que repugna á todo hombre delicado. Los que se revelan (cada día más numerosos), viven sujetos á perpetua tortura; piensan constantemente en la mujer, hablan invariablemente de ella. Salen á la calle á ver mujeres, van al teatro y al paseo á devorarlas con la vista. La mujer llega á ser una obsesión, como si estuvieran incapacita-

dos para pensar en otra cosa. La juventud española vive una vida manca y coja.

España tiene algo de aquellas islas de que los historiadores antiguos hablan tantas veces, islas perdidas en medio del Oceano y habitadas sólo por hombres; la vida en ellas era insoportable, porque, ausente la mujer, faltaba en ellas el ornato, la alegría, la razón de ser de nuestra vida.

La juventud española pasa ante las mujeres y vive sin ellas. Aquí está la explicación de esos caracteres agrios y extraños en plena primavera; mozos pletóricos de risa que apenas saben sonreír; cuerpos gallardos que se queman sin fuego y se debilitan consumidos por oculta fiebre. Esta es la tragedia española que asoma á ojos que no ven y tiembla en bocas que no besan.

De aquí esa protesta sorda y muda que no sabe á quién ni á dónde dirigir su expresión de disgusto y de reproche. Es hambre y sed de halagos femeninos, amor de amar, esperanza incumplida, tortura cruel y lacerante.

Tal dije, con menos corrección y con más fuego y calor en mis palabras. Jóvenes y viejos seguían su cansina letanía de piropos igualmente groseros y vulgares.

Llegamos por fin al *restaurant*. Zizette, alegre al verse libre del asedio, comenzaba á respirar tranquila. El ascensor subía lentamente.

JULIO HUICI MIRANDA

CUENTOS ESPAÑOLES

TATA MÍA

CASILDA y Juan Antonio, su marido, regresaron del teatro aquella noche, un poco tarde ya, por haberse entretenido restaurando sus fuerzas con un modesto chocolate, que no daba para más de sí la cosa. Ya vendrían tiempos mejores; volverían los buenos tiempos, aquellos buenos tiempos que parecía haber sido oxeados de la casa por la mala fortuna: baja de valores, desastroso resultado de los últimos negocios de Juan, la postrera canallada de Pepe Luis, el fugitivo hermano de Casilda, que á poco los sume á todos en el deshonor y á quien libranon de la deshonra para salvar, con el del miserable, el propio decoro...

Aún les quedaba, sin embargo, para vivir; y para endulzar aquella amargada vida, aún perduraba prepotente, en sus corazones, su honrado amor de esposos, intenso y puro como en los primeros días de su luna de miel, y su excelso amor de padres, cuajado, cristalizado en Tonín, el hijo amado que los esperaba en el nido, durmiendo en su camita, en los albores de la vida, los sueños de oro y de rosa de sus cuatro años, vigilado por la vieja *Tata Mía*, Chacha María nodriza que fué del calavera de Pepe Luis y, desde entonces, sirviente leal de la casa.

Con extremado sigilo para no despertar á Bebé, abrió Juan Antonio la puerta del piso sirviéndose del lavín de su uso, menudito y plano como la hoja de un cortaplumas, y, silencioso, penetró el matrimonio en el gabinete, débilmente iluminado por el globo que alumbraba la alcoba del niño.

Dió luz Juan Antonio, y Casilda comenzó á despojarse de sus joyas, y al acercarse para guardarlas á la antigua arquimesa—resto de pasados esplendores—que custodiaba todos los valores salvados de la catástrofe, quedose yerta de sorpresa y muda de espanto. La tapa del mueblecillo había sido forzada, abierta violentamente, fracturando la cerradura, y su seno profanado por manos convulsas; revueltos estaban todos los papeles; faltaban la carpeta de las láminas y la carterita del dinero; las alhajas, con sus estuches, habían también desaparecido...

Apenas repuesta Casilda de la violenta impresión, un alarido de angustia se escapó de su garganta, pensando en el hijo adorado, y, como una loca, se precipitó en el dormitorio contiguo... ¡Alabado sea Dios! El niño estaba allí, sano y salvo, en su camita, con las ropitas del lecho en desorden, pero durmiendo dulcemente... ¡Qué susto!...

Entonces, con la reacción, comenzaron los jesusos de la esposa y las voces del marido llamando á Tata María, que por primera vez en su vida no había salido, como de costumbre, á recibirlos.

No tuvieron ellos tiempo de notarlo, creyéndola vencida por el sueño en el butacón de la alcoba, junto á la cama de Tonín, y esperando estaban respuesta á sus llamadas, cuando les pareció sentir el chasquido seco del pestillo de la puerta del piso, al cerrarse aquélla suavemente. Lanzose Juan Antonio pasillo adelante, con la temeridad de lo no pensado, esperando atrapar al que huía... Acaso estaban á tiempo aún... Abrió la puerta; voló escalera abajo, y en el portal ya, tropezó con algo, con alguien, en lo que clavó su zarpa. Dió luz á su encendedor y se halló con Tata Mía, presa en sus uñas; con Tata Mía, convulsa, que pretendía huir con un envoltorio entre sus manos, apretado contra su pecho...

Tiró Juan de ella, venciendo su resistencia débil, y haciéndola subir la escalera, la obligó á entrar en el piso y la condujo al gabinete, en el que el miedo y el asombro habían convertido á Casilda en estatua de piedra.

—¿A dónde iba usted? ¿Quién ha entrado aquí? —rugió, zarandeando á la vieja, Juan Antonio—. ¿Qué lleva usted en ese pañuelo?...

—Nada, señor, nada... —contestó ella sin fuerzas apenas para negar. —¿Cómo nada? Y esto, ¿qué es?...

Al tirar violentamente

del envoltorio, soltáronse las puntas mal anudadas del pañuelo, y la alfombra del gabinete se cubrió de flores al rodar sobre ellas, dispersos, los estuches de las alhajas de la casa; de terciopelo, de raso, de marfil, de taflete; verdes, rojos, morados, blancos...

—¡Tata Mía!—suspiró Casilda, sin querer dar crédito á sus ojos—. ¡Tata Mía!... ¡Tú!... Pero ¿es posible que seas tú?

—¿Con que era usted?—añadió Juan Antonio ardiendo en ira—¿Con que la ladrona era usted? ¡Usted, vieja hipócrita, al cabo de los años mil!... ¡Cuánto nos habrá estado usted robando!...

—¡Sí, sí, yo!—murmuró trabajosamente la anciana—. ¡Yo la ladrona!... ¡La ladrona, yo!... La... Y como un plomo cayó de bruces en tierra.

El amor de Casilda se inclinó á socorrer á aquella infeliz que tanto la había amado, que tanto los había amado á todos... Y la codicia de Juan Antonio se agachó á recoger los estuches...

Parecióle que pesaban poco... Abrió uno de ellos... ¡Estaba vacío! Otro; ¡vacío también!... Y otro después, y después otro, ¡y todos, todos vacíos!... Todos como capullos sedeños, inútiles, de los que ha huído la pintada mariposa, agitando sus alas de esmalte salpicadas de deslumbradora pedrería.

—¡Ah, vieja ladrona!—gritó furioso Juan Antonio—¿Tomamos precauciones también?... ¡Regístrala, Casilda! Las alhajas debe llevarlas encima, escondidas... ¡Desnúdala!... ¡Como hay Dios que la mate!... Eso del desmayo es farsa, comedia pura... ¡Pronto! ¡Vivo!...

A los gritos se despertó Tonín, y arrastrando su camisón de noche se acercó á su madre, que postrada de hinojos tanteaba el seno de la vieja sirviente.

—¡Está meta, mamaíta!—chapurreeó el niño con su encantadora lengüecita de trapo—. ¡Tata Mía etá meta!...

—¡No, rey mío, no!...—contestó Casilda, abrazando amorosa á su hijito— No está muerta Tata Mía, no... No te asustes tú, consuelito mío...

—No, Tonín—añadió Juan Antonio—; no está muerta; ya se le pasará...

—¡Chí, chí!—pateaba Bebé, remachando su afirmación con sus piecitos de rosa— ¡Chí que etá meta!... La mató tío Pepe con un cuchillo gane, gane, ¡achí de gane! Tío Pepe, aquí, etá noche... reñía á Tata Mía... Yo lo vi desde la cama...

—¡Tío Pepe!—exclamó Juan Antonio sorprendido—. ¿Qué dice este

niño?... ¿Qué dices, Tonín?... ¡Casilda, tu hermano!... ¿Ha estado aquí esta noche tu hermano?...

—¡Señor! ¿Qué era aquello?...

Aquello era la revelación clara de algo horrible que había ocurrido allí aquella noche. El rayo de luz que disipa las tinieblas explicando lo que parece inexplicable.

—¡Pepe Luis! El libertino, el calavera, el indigno había profanado una vez más con su presencia el santuario de aquella honrada casa, tomándola por campo de acción de otra de sus fechorías. El niño continuaba impertérrito:

—¡Chí, chí, Tío Pepe, chí!... Lo cogía todo, lo tiraba todo, se lo guardaba todo, achí, achí, en el abigo, en los bolsillos del gabán... Tata Mía le pedía perdón de rodillas; y él le decía: ¡Te mate!... ¡Si chillas, te mate!... ¡Tata Mía etá meta!... ¡Etá meta!... ¡Yo no quiero que se meta Tata Mía!...

Rompió á llorar el niño con el mayor desconsuelo, en medio de la indiferencia, de la impasibilidad de sus padres, anonadados por la revelación de Tonín, aplastados por la pesadumbre del nuevo golpe...

Fué Casilda la que rompió las ligaduras con que el estupor los aprisionara, volviendo á la realidad bruscamente, alarmada por el frío de una de las manos de Tata Mía, que se iba quedando yerta entre las suyas...

—¡Sí, Juan Antonio!—gritó horrorizada acariciando la faz serena y pálida de la vieja nodriza— ¡Está muerta!... ¡Tata Mía está muerta!... ¡Mírala!... Su corazón no late... No respira su pecho... ¡Jesús! ¡Tata Mía!... ¡Tata Mía!... ¡Pobre Tata Mía!...

Muerta estaba, en efecto, la sirviente leal, que había intentado en vano dar su honra por salvar la de su hijo amado, la de aquel vil á quien ella había criado á sus pechos nobles, amamantándolo con su sangre generosa y por el que hubiera dado mil veces la vida si no se la hubiesen arrebatado ya el dolor y la vergüenza...

VICENTE DíEZ DE TEJADA

DIBUJO DE VARELA DE SEJAS



TESTIGOS DE LA HISTORIA
 ÁRBOLES QUE RECUERDAN FECHAS



Arboles milenarios de Chapultepec



El árbol gigante "Wawona", en California

Las historias heroicas de todos los países, llevadas á la crónica con el prestigio de lo extraordinario, han dejado vestidos de leyenda los árboles que fueron sus doseles en momentos de gloria. Estos añosos troncos, salvados de la tala y del olvido por el milagro de su valor histórico, llegan hasta nosotros como testigos vivos del pasado, hablando eternamente del gran hecho que vieran, como un viejo romántico refiere cada día su única aventura. Bien merecen la ofrenda de un recuerdo en la Revista gráfica donde el Arte, la Historia y el Paisaje tienen hoy un asilo que parece un trono.

Aunque, según se infiere, son árboles muy viejos todos los consagrados por la fama, no se han puesto aún de acuerdo los investigadores al apreciar cuál es el más antiguo, si bien se ha reduci-

do grandemente la distancia de opinión que les separaba.

Uno de los más viejos patriarcas del bosque de que se tiene referencia escrita, es la sagrada higuera que veneran los indios de Ceylán en su convento búdico: toda la India acude á postrarse ante el vetusto árbol, plantado varios siglos antes de nuestra Era por el Rey Sananpiya con una rama de la higuera de Bó, á cuya sombra logró Budha el «Nirvana» ó estado perfecto.

Mas la duda subsiste en lo que se refiere á su mayor antiüedad, pues hay otros ejemplares acreedores también al mismo título; puede citarse, entre ellos, los cedros del Líbano, algunos de los cuales—«Santiago» y «El Guardián», por ejemplo—fueron contemporáneos de Salomón; el milenario olivo que escuchó las doctrinas de

Platón á orillas del Cefiso; el que dió sombra á Hipócrates cuando enseñaba los fundamentos de la Medicina; y, finalmente, los viejísimos troncos de Chapultepec, en Méjico, cuyo origen se pierde en las más antiguas tradiciones indias. Pero si no se sabe á punto cierto qué árbol de los aún vivos cuenta más larga edad, no subsiste la duda por lo que se refiere á su corpulencia. Este primer lugar parece corresponderle al inmenso «Wawona», soberano de un bosque de coníferas monstruosas existente en California, y cuyo tronco, de treinta y cinco metros de contorno, deja paso á los coches por un holgado túnel. Todos los demás árboles famosos tienen menor tamaño, aunque hay alguno de ellos, como el castaño «de los Cien Caballos», en la isla de Sicilia, que no va muy en zaga al anterior; bastará hacer constar que su



Platano de Godofredo de Bouillon (Constantinopla)



Arbol de la Virgen, en Mataceych



Olivos de Getsemani (Palestina)



El olmo de Washington

nombre se debe á que bajo su copa se guarecieron la Reina doña Juana de Aragón y cien jinetes de su comitiva, sorprendidos cerca del Etna por una tempestad. Cierta que el testimonio de la tradición no es el más fidedigno, por su tendencia á incurrir en la hipérbole; pero, según los datos adquiridos en nuestros días, el castaño del Etna mide treinta y tres metros de circunferencia, y este grosor enorme comprueba casi la veracidad de aquel testimonio.

Después de estos gigantes, que tan sólo á su edad ó á su tamaño han debido la fama, es necesario hablar de los que deben todo su prestigio á los hechos de historia que recuerdan.

Todos los aspectos del romanticismo—Religión, Poesía, Epopeya...—que por su esencia misma han tenido al amparo de la Naturaleza horas de exaltación, cuentan hoy con pasajes de la historia vinculados en árboles aún vivos. Como ejemplo encontramos la niñez y la muerte de Jesús simbolizados respectivamente por el llamado «Arbol de la Virgen» y los olivos de Getsemani. Es el primero un viejo sicomoro que aun existe á la entrada de Mataceych, señalando el lugar en donde reposó la Sagrada-Familia cuando escapaba del sanguinario Herodes; respecto al sacro Huerto, no obstante los rigores con que Roma intentó destruir todos los vestigios de la

gran tragedia, aún conserva, entre otros, siete viejos olivos que tal vez escucharon la postrera oración de Jesucristo antes de su aprehensión.

De igual manera, tiene la Poesía sus árboles famosos que perpetúan nombres de poetas altísimos. Son los más celebrados el laurel que Petrarca plantó sobre la tumba de Virgilio—gentil ofrenda que enlazó para siempre sus nombres inmortales—y la encina de Tasso, en Roma, cerca del monte Pincio, bajo la cual es fama que escribió el gran poeta su *Jerusalén libertada*.

Y también las hazañas guerreras han dejado tras sí un mundo de recuerdos fiados al testimonio de los árboles. Basta, en primer lugar, volver los ojos á nuestra costa cántabra para ver, descollando sobre un viejo casón de Muriedas, cerca de Santander, la cabeza de un pino que en su niñez plantó Pedro Velarde, héroe, después, de nuestro Dos de Mayo. Asimismo, en Donremy, cuna de Juana de Arco, muestran al visitante el haya bajo la cual dormía la virgen de Orleans al recibir la inspiración divina de acudir en socorro de su patria.

Y, testigos de grandezas marciales, que hoy pertenecen al poema épico, aún existen el árbol de Godofredo, á unos doce kilómetros de Constantinopla, donde instaló su tienda el de Bouillon acaudillando la primera Cruzada; el de la «Noche triste», á cuyo amparo es sabido pernoctó Hernán Cortés cuando evacuó la capital de Méjico al frente de sus pocos españoles, cediendo á la sorpresa de una sublevación, y, finalmente, en medio de ancha calle de Cambridge (Massachusetts), el olmo á cuya sombra Washington, el héroe americano, asumió el mando de los libertadores de su patria.

Imposible sería traer á un solo artículo los infinitos árboles inscritos en la Historia por el milagro de una tradición ó de un hecho famoso. Pero no dejaremos de citar algunos de especial interés para nuestra patria, como la ceiba carcomida que aún se yergue en la costa de Santo Domingo, á despecho de los temporales del mar antillano; las crónicas antiguas de la isla refieren que esta ceiba, en 1592, recibió el abrazo de la gruesa maroma con que se afianzó á la tierra deseada la carabela de Colón. Y no será preciso recordar, ya que es tan conocido en toda España, el Arbol de Guernica, símbolo de los antiguos privilegios vascos, por el que sienten una veneración casi ferviente las gentes del país; un bardo vascongado dió forma á esta pasión en un bello zortzico, y este canto bravío, á la vez palpitante de añoranza y de fe, se ha convertido luego en himno regional.

Mencionemos también, como árbol consagrado por la Ciencia, el manzano de Newton, que aún existe en la ciudad de Woolstrop, uno de cuyos frutos, al desprenderse á tierra, sugirió al sabio inglés su primera idea de la gravitación universal.

Y, finalmente, no podían faltar las narraciones árabes á este raudo desfile de sucesos y fechas simbolizados en los añosos troncos: el plátano de Damasco, en efecto, recuerda el primer triunfo del Islam, y el famoso «Ciprés de la Sultana», en el Generalife granadino, es también testimonio de una cálida historia de amor y de sangre. Pero en grandeza trágica ninguno ha aventajado al árbol de la plaza At-Meidani, en la vieja Constantinopla; este siniestro plátano, que ya sirvió de horca anteriormente, presenció la matanza de genizaros por los soldados del sultán Mahmud, en 1826, y en torno de su tronco fueron apiladas cuatrocientas cabezas de rebeldes pertenecientes á la feroz guardia que tantos siglos fué, por el terror, árbitra del Imperio.

Hasta aquí el breve examen á esos mudos testigos de afanes y de glorias de la Humanidad, que debajo de un árbol ideal gustó el primer pecado, y al pie de otro, más tarde, penetró la mecánica del Universo. He aquí cómo toda la Historia de los hombres, la ciencia y la victoria, las artes y la fe, van dejando las galas de sus sueños románticos pendientes de las ramas de estos árboles, como soñó colgar sus armas el loco Don Quijote antes de retornar á la razón, que es flor del egoísmo.

RICARDO DONOSO-CORTES

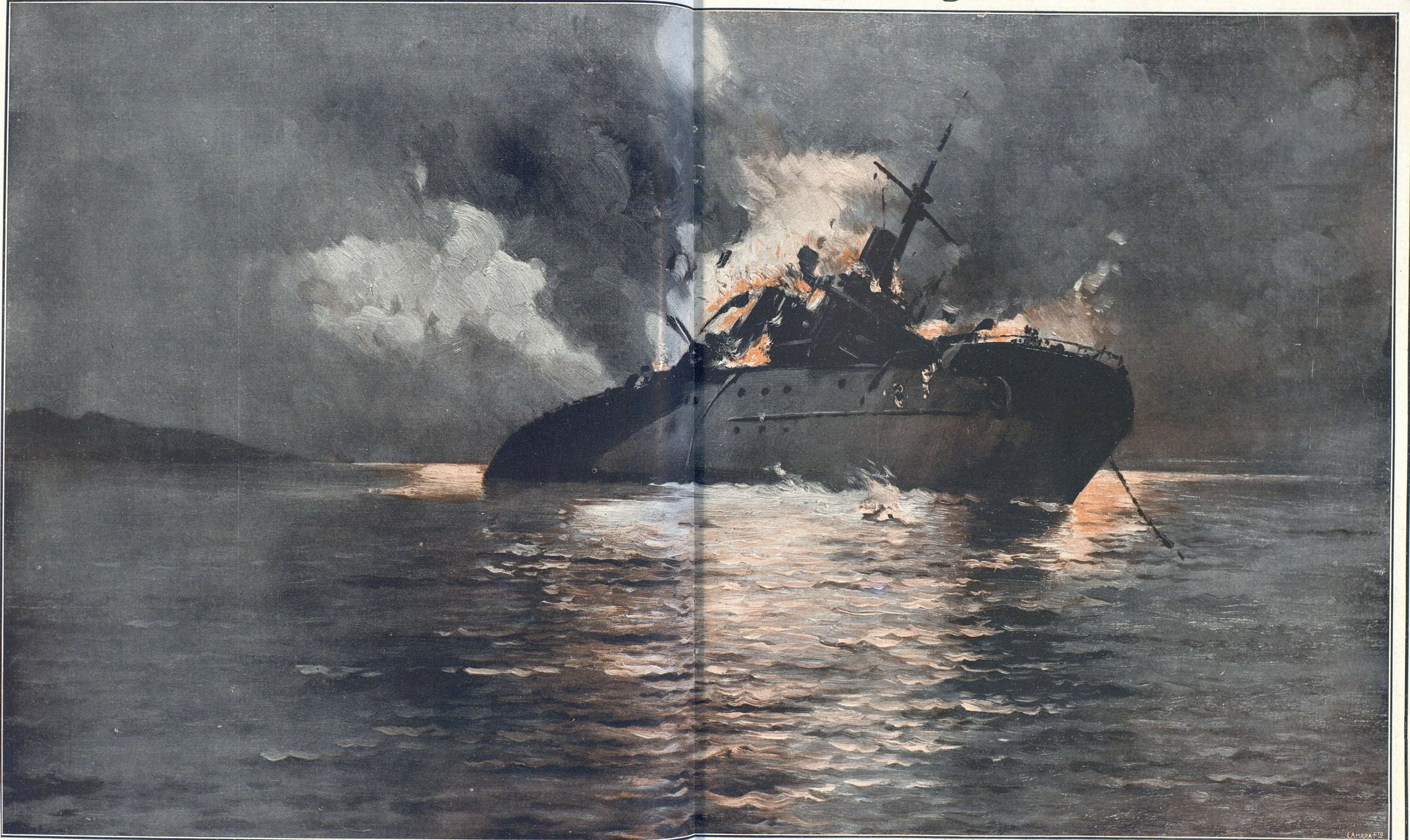


El ciprés de la sultana, en Granada



El árbol de los Genizaros, en Constantinopla

EXPLOSIÓN EN UN BUQUE JAPONÉS



EL ACORAZADO JAPONÉS "TSUKUBA", EN CUYA CALA SE PRODUJO EL DÍA 14 DEL PASADO UNA EXPLOSIÓN, OCACIONANDO EL ACCIDENTE MÁS DE CUATROCIENTAS VÍCTIMAS

El hermoso buque, de 13.700 toneladas, fué botado al agua en 1905 y se hallaba anclado en Yokosuka

Dibajo de R. Verdugo Landl

DE NORTE A SUR

El momento

La interrogación no parece tener respuesta inmediata y satisfactoria. Entre las evocaciones escultóricas de las luchas clásicas y los «cuadros tácticos» de Van der Meulen y Blaesberghe, ¿dónde hallamos la más exacta expresión de la guerra? Entre los lienzos pomposos, de una dramática teatralidad, que representan episodios de la epopeya napoleónica, pintados por Gerard, Baffet ó Bellange, y las páginas trágicas, de un realismo implacable, que inmortalizaron á Neuville y á Detaille, ¿cuáles son más elocuentes y expresivas? ¿No existe abismal diferencia entre aquellos cuadros de Vereschaguine y los dibujos contemporáneos de Matania?

Y aún resta una postrera comparación. La del arte con la fotografía; establecer hasta qué punto vence el hombre á la máquina ó la máquina al hombre en la fidelidad representativa y en el hallazgo de los resortes emotivos, ya un poco difícil

de puras formas, claros ojos y flotantes velos! Pero en seguida rechazamos la revista en que tales fantasías se publican. La momentánea sugestión ha pasado. Casi nos avergonzamos de nuestra candidez. Esa página tan impresionada de tragedia ha sido quizás dibujada tranquilamente en un estudio bien lejano de las líneas de fuego, mientras el artista mordiscaba un cigarrillo y un cuplé picaresco, y mientras pensaba en el grato empleo del dinero que habría de producirle su obra. Todo aquello que los dibujos nos dicen responde á los partes oficiales, á los artículos de los cronistas de guerra, á los relatos de los heridos y de los inválidos... No obstante, es más fuerte en nosotros la consideración de que basta la riqueza imaginativa de un artista para avanzar más allá del horror ó que sobra su imaginativa pobreza para no alcanzar la veracidad horrible.

Entonces refugiamos nuestras ansias de credulidad en las fotografías. Ellas son como capítulos históricos frente á las páginas de leyenda que re-

Y, desilusionados también, acudimos al cinematógrafo. Es, al menos aquí en Madrid, en sesiones secretas, donde se acude como á un conciliábulo de conspiradores ó como los primitivos cristianos á ocultar subterráneamente su fe. Por la blanca pantalla van desfilando las películas de la guerra. Pero también la expresión que de la guerra nos transmiten es incompleta y deficiente. Fueron sometidas á la censura militar del país beligerante, primero; á la censura civil del país neutral, después.

De este modo, las películas de guerra son anodinas, vulgares, sin interés para nuestra curiosidad de alejados de la guerra. No despiertan las inquietudes, ya un poco adormecidas, no encuentran el camino del corazón, hartos ejercitados por impresiones semejantes y repetidas.

Es el momento más acusador, más íntegro de expresión el que esta fotografía ha fijado. Dos soldados franceses saltan de su trinchera para atacar la trinchera enemiga. Sobre ellos, el cielo humea



Dos soldados franceses saliendo de una trinchera para atacar al enemigo

les, de jugar por la prolongación del terrible espectáculo.

Terrible y lejano. Porque esta última circunstancia es acaso la que más nos acolchona la sensibilidad y nos apacigua la inquietud. Nos hemos acostumbrado á la fantasía de los dibujantes y á la impasibilidad de las fotografías. Tal vez solamente el cinematógrafo conserve todavía el prestigio emocional de la evocación.

Y, sin embargo, ¡qué poderosa visión de civilizada barbarie sugieren estos dibujos en que vemos los monstruos blindados y erizados de cien bocas igneas avanzando sobre los campos como aquellos imaginarios marcianos de *La guerra de los mundos*, imaginados por Wells! ¡Cómo suspende el ánimo y apretuja el corazón y rompe los límites de la posibilidad, esas visiones de ciudades devastadas con sus esqueletos de casas y sus hacinamientos de escombros y sus equilibrios inverosímiles de puentes que no volaron del todo ó de muros que conservan todavía sujetos á ellos un cuadro ó un espejo intactos! ¡Qué sensación de horror en los dibujos que representan una trinchera abandonada al silencio putrefacto de sus muertos y exaltan el patriotismo rodeando de mujeres bellas, elegantes y perfumadas al héroe juvenil y hermoso, como un dios de paganas teogonías ó le muestra moribundo, abrazado á la bandera y recibiendo en la frente vendada el beso de la gloria hecha mujer,

presentan los dibujos. Nos inspiran más confianza, se apoderan de un modo más permanente de nuestra ingenuidad, deseosa de hallar comprobación gráfica á los relatos periodísticos. Aquí ya desaparece la consideración de que el trasmisor de episodios, el eternizador de momentos, lo haga en la calma fecunda de su gabinete de trabajo. El fotógrafo ha de estar necesariamente ante estas ruinas, ó en ese campamento y en aquella trinchera y en el otro hospital. Las figuras que nos ofrece viven ó han vivido realmente; los lugares que ante nuestros ojos tenemos eran así, con toda exactitud, en el momento que el fotógrafo enfocó su máquina.

Y, á pesar de todo, también nos desencantan las fotografías por como están desposeídas de presente. En ellas vemos el hecho pretérito ó adivinamos la futura consecuencia. Nos hablan, por ejemplo, de cómo ha quedado una ciudad después de los combates; pero, ¿y en los combates, cómo era, qué aspecto tenía esta ciudad? Nos muestra el campamento de un ejército ó la marcha hacia la línea de fuego, ó el desfile de unos prisioneros; pero, ¿y cómo han luchado después estos hombres que vemos tranquilos, sonrientes, ó en qué momento los prisioneros que ahora vemos vigilados y con las facies tristes, levantaron las manos pálidas y temblorosas pidiendo clemencia ó se lanzaron, ebrios de sangre y congestionados de pólvora, contra la trinchera enemiga?

y vibra con disparos mortíferos; la tierra se abre en agujeros repentinos é inesperados para recibir los proyectiles. Entre las manos de estos soldados, sus fusiles abrasan y retiemblan aún.

Ningún artista podría darnos con su lápiz ó con su pincel esta grandiosa belleza del momento, tan vulgar, sin embargo. Nada hay en estos dos hombres que les recuerde otra cosa que el deseo de matar para no ser muertos. No piensan en que una máquina fotográfica va á fijar su actitud y su expresión. Vedles cómo, sin ellos saberlo, se han magnificado y han adquirido la misma perdurabilidad del modelo que pudieran desear el escultor ó el pintor para expresar el heroísmo y la valentía... Casi oímos el grito que lanza la boca del primero; casi pensamos en una estatuaría inmovilidad del segundo á contra luz, recortando enérgicamente su silueta sobre el cielo gris.

Pero, ¡ay!, que tampoco este es el momento presente. Porque tal vez estos dos hombres que la fotografía detuvo en su carrera ya no existen ó quizás sean los mismos que hemos visto en otra fotografía de un campamento de prisioneros mirando al fotógrafo, sabiendo que les van á retratar y pensando en todo aquello que no pensaban cuando una voz de mando les lanzó fuera de las trincheras, á campo traviesa, bajo las balas enemigas...

JOSÉ FRANCES

NOTAS DE LA REALEZA



EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS
(Fotografía obtenida hace pocos días por Campúa)

LA ESTELA DE LA LUCHA

PROFUSIÓN DE INVÁLIDOS

GIGANTESCO fué el progreso de la cirugía militar, por perfeccionamiento de los medios de cura, por avance grandioso de la ciencia y, en consecuencia, por adiestramiento de los cirujanos; pero, al mismo tiempo, progresaron también los medios destructivos, y como los contingentes empleados en la pelea son enormemente considerables, los heridos en el campo de batalla son, asimismo, en más crecida proporción que lo eran antaño, cuando las armas de fuego no estaban dotadas de la rapidez y precisión que caracteriza á las actualmente en uso, y cuando no habían revivido los viejos artefactos de trinchera que, como tiempos atrás la primitiva artillería y las lombardas iniciales, lanzan bombas á pequeñas distancias, si bien las de ahora están cargadas de altos explosivos que no dejan hálito de vida en los alrededores del punto donde estallan.

Sobre ser muchos los heridos y aun siendo muy prodigiosos los medios de curación, es tan grande el número de bajas en los difíciles momentos del asalto, y tan intenso el nutrido fuego de cañones, ametralladoras y fusilería, que no hay medio humano de que la Sanidad acuda en socorro inmediato de los que cayeron en el ataque.

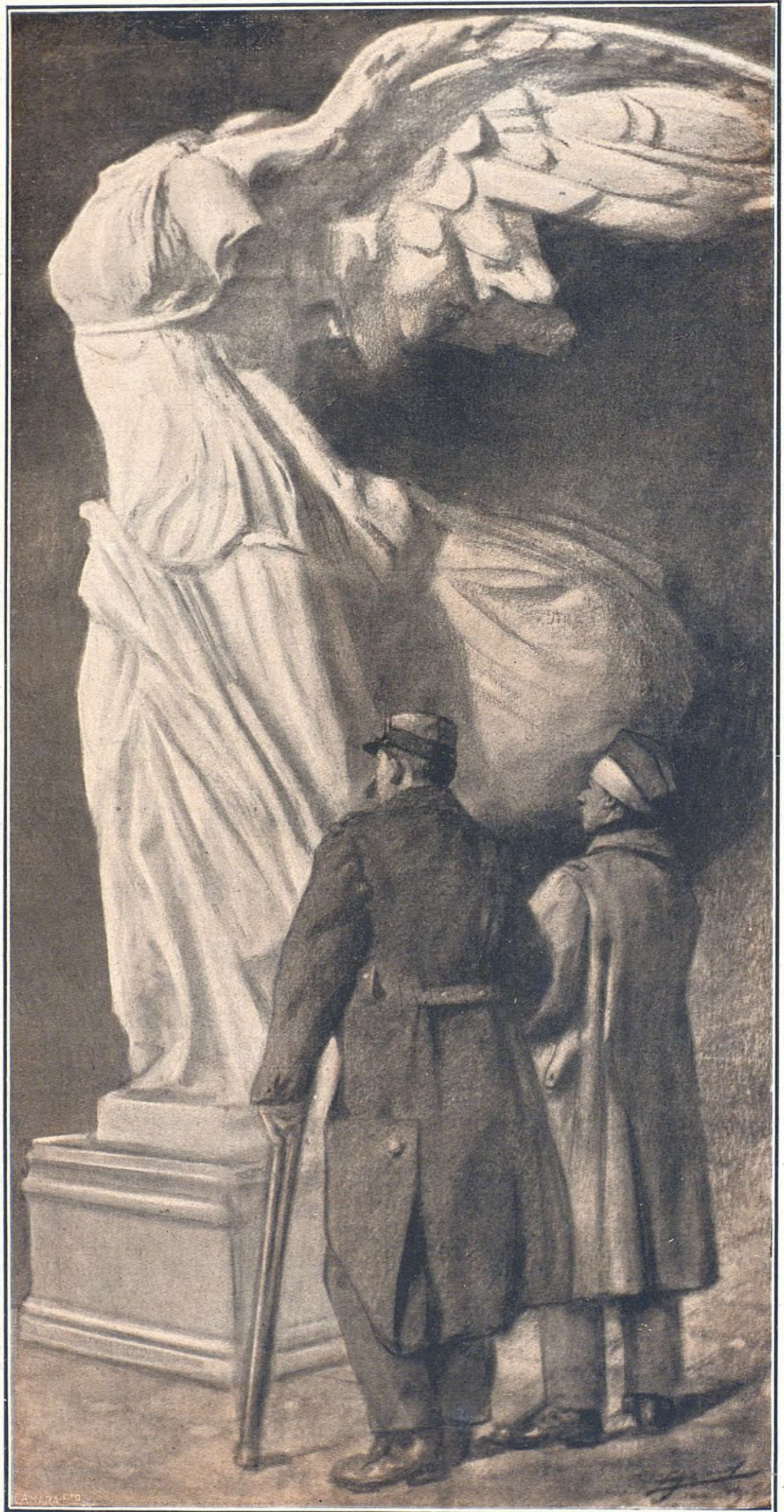
En esta guerra de trincheras y posiciones hay mucha diferencia entre el herido dentro del foso parapetado del atrincheramiento y el que es tocado por el plomo enemigo en los azarantes momentos del choque; aquél es inmediatamente transportado al puesto de socorro, donde se le practica la primera cura de urgencia, y sin pérdida de tiempo es enviado á la ambulancia de retaguardia para desde allí ser evacuado á los hospitales del interior, mientras que el otro permanece caído, viendo estallar sobre sí y en las inmediaciones tremendo número de proyectiles de todos los calibres ó recibiendo acaso nuevas heridas que hagan más angustiosa su situación y que aumenten la fiebre de terror que le retiene pegado al suelo.

Sólo cuando el bombardeo dirige sus granadas á otro sector y envía sus ráfagas de disparos en otra dirección; cuando la batalla ha terminado ó busca otro escenario distinto para sus trágicos horrores, pueden médicos y camilleros rebuscar heridos entre la profusión de cadáveres que quedaron diseminados sobre la planicie, heridos que acaso llevan horas desangrándose y sin esperanzas de que la ciencia les devuelva la vida que ven próxima á desampararles en aquella angustiosa soledad.

Muchos de estos heridos hubieran curado rápidamente de haber recibido el golpe de bala, de *shrapnell* ó de casco de proyectil estando en el foso de la trinchera; pero abandonados á su suerte en la llanura descubierta, batida horriblemente por los proyectiles, si de momento salvaron la vida por no recibir nuevos impactos ó ser leves los recibidos, el desgaste de energías fué tan considerable, fué tan pernicioso la fiebre y tan tardía la cura, que la muerte ó la pérdida del miembro herido son corolario del irremediable abandono en que permaneció el herido mientras duró la lucha.

El número de inválidos alcanza en todos los países en lucha proporciones aterradoras, y estela dolorosa de esta lucha cruenta y tenaz serán las pensiones que en muchos lustros gravitarán sobre los Tesoros nacionales; por muy experta que sea la reeducación de los miembros anquilosados, de los muñones de los amputados, por mucho que la ciencia acuda en auxilio de este mundial desastre, los pueblos habrán perdido para el trabajo manual muchos obreros hábiles, muchos mecánicos inteligentes y prácticos, y para el arte muchas y legítimas esperanzas.

Trofeos gloriosos de esta epopeya heroica, la más grande que han conocido los siglos, legiones de inválidos rememorarán en las populosas ciudades, como en las apartadas aldeas de la caduca Europa, las brutalidades del Progreso y las de los hombres.



CAPITAN FONTIBRE

Inválidos de la guerra contemplando la estatua de la Victoria de Samotracia, en el Museo del Louvre

La carta que no debe leerse

EN la vida de toda mujer hay siempre una carta como hay una mirada y una sonrisa — díjome Eva-María, mientras acompañaba sus palabras de mujercita pedante tocada de literatura, con un vago gesto de melancolía—. Vosotros los hombres, como las cartas las leéis con impaciencia, sonreís á todo el mundo y miráis á cuantas mujeres cruzan por vuestro camino; no sabéis la importancia que esas cosas tienen para nosotras.

Eva-María es un tipo deliciosamente femenino, con su cara un poco alargada, su boca banal, roja y blanca y sus ojos grandes y tristes, cercados de violeta no se sabe si por las penas ó por el lápiz «Dorin». Tiene ese aspecto deliciosamente ambiguo que impone la moda y que hace á todas las mujeres, desde los diecisiete años á los cuarenta, iguales. Espiritualmente su nombre es casi un símbolo, pues tiene de Eva la curiosidad malsana que lleva á todas las perdiciones y de María el fervor melancólico y apasionado.

—En la vida de toda mujer—repitió—hay una carta, la carta que no debe leerse. Desde Doña Inés hasta la Helena de «La Ráfaga», la perdición, el dolor y la muerte nos llegan siempre por una carta.

Hizo una pausa y después prosiguió con una vaga excitación:

—Verdaderamente, los hombres no podéis comprender... ¿Cómo vosotros, que vivís en la calle, habéis de sentir la emoción, la inquietud de la carta que rompiendo barreras viene á buscarnos en el cálido refugio de nuestro saloncito familiar donde leíamos á Bourget, rezamos ó bordamos una pantalla china? Y, sin embargo, para nosotras es un acontecimiento insólito, y antes de decidirnos á abrirla damos muchas vueltas al sobre y nos interrogamos asustadas: «¿será de él?»

Sonré sin poderlo remediar, y Eva-María me riñó indignada:

—No, no te rías. Ya ves, de la muerte del pobre Félix, de mi vida *manquée*, de mi prematura viudedad, tiene la culpa una carta, la carta fatal, la carta que no debe leerse.

Una muda interrogación mía, interesado por la historia, la animó á seguir:

—No hacía más que año y medio que nos habíamos casado Félix y yo; apenas tres meses de nuestro regreso tras el fantástico viaje de novios



al través de Europa y parte de Asia, y cuando, acabada nuestra instalación, empezamos á salir por ahí, en una de las primeras fiestas mundanas á que concurríamos, en casa de tía María Otranto, me encontré con Pepe Lucientes. Ya sabes que toda la vida ha sido un tenorio de guardarropía, entretenido en conquistar casadas y, claro, no iba á hacer una excepción en honor mío. Te confieso que de soltera me había inquietado un poco con su fama de irresistible y que en el fondo, el ningún caso que siempre me hiciera, había picado mi amor propio. Total: que no importándome nada, no interesándome nada, encontrándole mil veces peor que mi Félix: menos guapo, menos elegante y menos inteligente, al verle ante mí, me turbé. Debí de notarlo con su costumbre de galanteador de oficio, por cuanto su fatuidad exasperose, y, como si fuese cosa hecha, empezó á decirme tonterías. Mucho más cortada de lo que fuera menester al verme

en mi primera aventura; aunque me defendí, no lo hice con toda la austera dignidad que debía, y que seguramente le hubiese desengañado; la cosa es que, estúpidamente, sin voluntad de mi parte, el muy sinvergüenza debió de creer que yo era terreno conquistado, y al día siguiente...

Limpíose Eva María una lágrima, y con voz un poco empañada siguió:

—Perdóname mi emoción, pero el recuerdo de la pérdida de Félix me angustia siempre; en fin... Bueno, pues al día siguiente estaba yo sentada en mi *boudoir* junto al gran ventanal de cristales, cuando Estéfana, mi doncella, entró con una carta. Tuve, te lo juro, el presentimiento de que no debía leerla pero... pudo más la curiosidad y rasgué el sobre. Aunque no lo necesitaba miré la firma. ¡De él!... No había tenido tiempo de leer ni una palabra cuando apareció en la puerta Félix. No sé lo que me sucedió; me aloqué, perdí el sentido de la realidad y en vez de dejar la carta tranquilamente sobre la mesa, con lo que, dada la poca curiosidad de mi marido, ni aun me hubiese preguntado de quién era ó de dársela á él, como una culpable vulgar traté de esconderla. Lo hice tan mal, fué tan torpe y burdo, que Félix lo notó perfectamente é interrogóme. Cada vez menos serena, negué, traté de evitar que la carta cayese en sus manos y al fin, para librarla, la arrojé á la chimenea donde prendió.

—Como un loco mi marido arrojóse á salvarla y sacó un trozo. Había ardido medio papel y con él la firma; sólo quedaban unas palabras de ternura y frases truncadas, sin sentido, y por lo tanto propicias á todos los equívocos. Félix no consiguió arrancarme el nombre del seductor, pero por otra parte, todos mis esfuerzos no sirvieron para convencerle á él de mi inocencia y salió de casa como loco. Toda la noche vagó por Madrid sin gabán ni paraguas, bajo la lluvia, y al volver, tenía cuarenta grados de fiebre y la pulmonía que me lo quitó para siempre.

Y una lágrima rodó por la pintada mejilla de Eva-María al recordar la carta que no debió recibir.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

DIBUJO DE RAMÍREZ

La Colegiata de Cenarruza



Vista de conjunto de la Colegiata de Cenarruza

La imponente grandiosidad del paisaje en que se halla enclavada la pequeña aldea de Cenarruza, perteneciente a la provincia de Vizcaya, forma un bello contraste con la insignificancia de este lugarejo, compuesto de blancas y minúsculas casitas que destacan su alburá sobre el fondo esmeralda de las ingentes montañas que lo rodean.

La vegetación exuberante tan característica en la hermosa región vizcaína, impera por doquier en este paraje, donde para que todo sea grato y pintoresco, no faltan unos regatos cristalinos y murmuradores que, con el arrullo de su mansa corriente, contribuyen á dar un mayor ambiente de poesía y de paz á este humilde pueblito de Cenarruza que se recuesta blandamente sobre una inmensa colina llamada Oiz.

Las miserables y tortuosas callejuelas de esta aldea no pueden ofrecer al viajero atractivo alguno, toda vez que se asemejan á las de otros muchos pueblos españoles que, á decir verdad, no son del todo gratos á la vista, que se fatiga en la monótona contemplación de las mismas sucias y empinadas calles, de la inevitable fuente de ancestral vejez y de la no menos inevitable plaza Consistorial donde la representación de la justicia tiene su morada.

Y sin embargo de todo esto, acaso sea Cenarruza una de las aldeas que más justamente merezcan la visita del turista que, ávido de conocer tierras y joyas artísticas, viaja sin descanso en constante peregrinación, por cuanto existe en sus cercanías una interesantísima Colegiata que constituye uno de los monumentos más notables de cuantos se hallan diseminados por la hermosa región vizcaína. A esta Colegiata dedicamos la presente información, seguros de que aquella no desmerece de las maravillosas y magníficas joyas artísticas que hemos dado á conocer

en estas páginas. El origen de la Colegiata de Santa María de Cerranruza, cuyo es el nombre de este monumento, data de los comienzos de la novena centuria, razón por la cual está considerado como uno de los primeros que, de su índole, fueron erigidos en Vizcaya. Cinco siglos más tarde de su construcción tuvo que ser reedificado, porque poco á poco, el tiempo y los elementos fueron realizando su devastadora labor, minando los cimientos, agrietando sus muros y horadando su techumbre. Esta reconstrucción verificóse merced á las iniciativas del obispo de Calahorra D. Gonzalo Mena Vargas, quien no sólo no dió por terminadas sus gestiones una vez que finalizaron las obras, sino que supo conseguir para lo que entonces era sencillamente una humilde iglesia, el honroso título de Colegiata.

Toda la construcción de esta antiquísima residencia religiosa, ofrece al visitante excepcional interés, pero antes que nada merece su atención el magnífico claustro de estilo Renacimiento, cuyo conjunto, lleno de elegancia y armonía, hacen de él un ejemplar curiosísimo, singularmente en el país vascongado, donde acaso sea el único que existe de su estilo.

El labrado del pórtico de acceso, el de los capiteles de las esbeltas columnas del claustro citado y algunos otros detalles de la ornamentación de la iglesia, son notabilísimos y representan el punto culminante de todo el estilo de una época.

Por las fotografías que ilustran esta información, puede el lector juzgar del extraordinario mérito artístico de este viejo edificio, cuya importancia arqueológica solo puede compararse á la de muy escasos monumentos españoles, no sólo por su antigüedad, sino también por el armónico y bello conjunto que forman el tosco labrado de algu-



Detalle escultórico de la Colegiata



Las tres cruces de la Colegiata

gunas figuras esculpidas con arreglo al gusto románico y la esbeltez y elegancia del estilo Renacimiento á que el claustro pertenece.

Anejo á la Colegiata existió un hospital, notable también por el gusto de su edificación, y que en diversas ocasiones fué citado por arqueólogos eminentes como modelo de las construc-

ciones de su época. Muchas fueron las vicisitudes padecidas por esta santa y benemérita casa en su existencia, pues, primero, un derrumbamiento, casi total obligó á verificar en él una reedificación, y más tarde, un violento incendio le arrasó poco menos que totalmente, por cuyo motivo hubo de ser reedificado, por tercera vez.

Estas últimas obras tuvieron realización merced á las activas gestiones del Abad D. Diego de Frusta, que en aquella sazón (fines del siglo xvi), ostentaba el cargo de Rector de la Colegiata de Santa María.

Luis GONZÁLEZ



Puerta principal



Patio del Claustro

FOTS. HIELSCHER

EL TRAJIDOR



CAMARA-FLO

Roja de rubor la frente
y en el suelo la rodilla,
Lotario, con voz doliente,
declara al rey su mancilla.

Y el rey, que le escucha atento,
sin apartar de él los ojos,
ni se ablanda á su lamento
ni se duele á sus sonrojos.

Y viendo que es vana ley
la de rogar lastimero,
el mozo, así, clama al rey
con ademán altanero:

LOTARIO

Ya que en lágrimas dolido
tu corazón no quebranto,
corra en alas del olvido
la vergüenza de mi llanto.

Y otra vez, secos los ojos,
daré cara á mi destino,

sin temor á los abrojos
ni á las sombras del camino.

Traidor he sido; mas no
vayas á creer de mí
que por eso dejé yo
de ser lo que siempre fui.

Jamás tuve aprecio al oro,
y, sin reparo y medida,
como un inútil tesoro,
supe jugarme la vida.

Y si en grandeza viví,
morir quiero con grandeza;
tómala, que es para tí,
¡aquí tienes mi cabeza!

EL REY

Vasallo siempre leal
á tu patria y á tu rey:
¿Qué embrujamiento fatal
te hizo ser falso á la ley?

Varón noble y esforzado,
valiente y serena espada,
¡en qué poco habéis quedado
al final de la jornada!

Turbio se contempla el rayo
de esa espada que fué pura,
y yace en mustio desmayo
el airón de tu armadura.

Quita, doncel, de tu herraje
la gala que al viento ondea,
que, ya, ni es albo el plumaje,
ni es nuncio, ya, de pelea.

Quiebra, traidor, con tus manos
esa espada en tus rodillas,
que no gusta de villanos
la leyenda de Castilla.

Y no esperes que, temprano,
venga la muerte á buscarte;
¡ya será menos galana
la suerte que espero darte!

Al yugo de áspera noria
te unciré con fuertes hierros,
y en pago á tu ejecutoria
te daré el pan de mis perros.

Vivirás en la penumbra
de una mazmorra sombría,
donde apenas se vislumbra
débil luz, pálida y fría.

Y, en tus sempiternos giros,
harán más hondas tus penas,
el rumor de tus suspiros
y el crujir de tus cadenas.

ooo

Calló el rey; se oyó un gemido;
se alzó del suelo el doncel,
y llevándole prendido,
diez lanzas, en son de ruido,
marcharon torvos tras él.

FERNANDO LÓPEZ MARTÍN

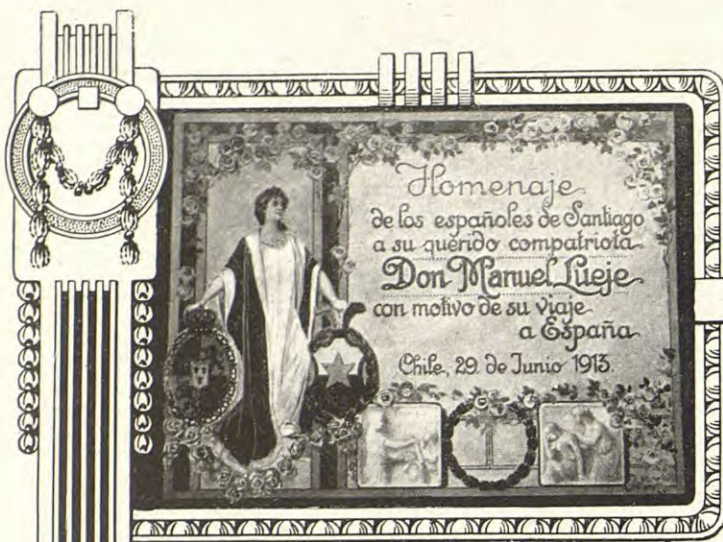
DIBUJO DE MANGHÓN

JOYAS DE LA PINTURA



"LA MADONNA", FAMOSO CUADRO DEL INMORTAL PINTOR ESPAÑOL BARTOLOMÉ ESTEBAN MURILLO,
EXISTENTE EN LA GALERÍA CORSINI, DE ROMA

LOS GRANDES ESPAÑOLES EN CHILE



Pergamino que regalaron a D. Manuel Lueje los españoles de Santiago de Chile para testimoniarle su cariño y simpatía y agradecerle su amor a España



Hotelito-residencia de los señores de Lueje, en la aristocrática avenida santiaguena "Pedro Valdeira"

Don Manuel Lueje

ESTÁN muy lejos aquellos tiempos en que los «indianos» eran, por lo pintorescos, encanto de las ferias de sus pueblos, cuando regresaban á ellos acompañados de un negro, un loro hablador, un traje blanco, un jipi legítimo, y, sujeto el reloj de una cadena de oro, que bien podía servir de calabrote, de la cual pendía un ancla festoneada de brillantes, como símbolo de que su fortuna había dado fondo.

Hoy, el emigrante desbasta sus ángulos, selecciona sus gustos, perfila su personalidad dentro del vivir moderno, y alterna con lo más distinguido de la sociedad criolla, que le abre sus puertas de par en par. El emigrante de hoy, trabaja con los brazos y el cerebro en América, y el corazón

en España, rimando su existencia, con las alegrías y las angustias que de allá llegan.

Forma una orden que bien podía tomar como las militares el nombre de «Cruzados del trabajo». A ella pertenece D. Manuel Lueje, que gira en Santiago de Chile con la importante firma comercial de «Presa y Lueje». Es asturiano, alto, de franca mirada, de palabra fácil, de educación selecta y de una actividad verdaderamente sorprendente. Diríase que para D. Manuel Lueje, el día tiene más de veinticuatro horas.

Atiende á lo complicado, heterogéneo y numeroso de sus negocios, preside cuando no el Círculo, la sociedad de «Socorros Mutuos» de los españoles, es Consejero del Banco Español de Chile, y en donde vibra el nombre de España, allí está Lueje, dejándolo todo de manera para que vibre intenso y glorioso.

Cuando llegan los domingos ó los días de fiesta y podría gozar de un descanso bien ganado en su deliciosa Villa de la Avenida Pedro Valdivia, con el amor de su esposa, la señora Isabel Presa, y sus hijos, lo veréis en Villa Asturias, escuchando las dulzuras de la gaita y el tamboril, y levantando en alto, para brindar por la *tierruca*, la copa, en que borbotea la dorada sidra de las pomaradas.

Para los que las resaca, arroja á las orillas del infortunio—que no todos son triunfos en esta tierra pródiga en generosidad y trabajo—D. Manuel Lueje, es quien más generoso alflaja los cordones de su bolsa, y si mañana, la Patria le demandara su fortuna, con ella y con sus hijos la compartirá gustoso.

Anda ahora metido en un patriótico empeño del que triunfará, porque es de los que ponen á contribución todo lo que tienen cuando del bien se trata. Con D. Fernando Rioja, otro gran español del que me ocuparé en estas crónicas, trata de dar vida á un «Parque Español», en el que, entre alamedas de grata sombra y alegre verdor, y flores que ríen colores, encuentren los españoles todos los *sports* que esparcen vida y salud y forman una raza sana y fuerte; y una *Casa de Salud*, donde, el caído, pueda restañar las heridas del infortunio. El proyecto es digno de quienes lo patrocinan. La plata acude al llamamiento de Rioja y Lueje á manos llenas, y, probablemente, cuando llegue el próximo día 12 de Octubre, en que los españoles celebran la Fiesta de la Raza, que ahora con tan loable empeño como una *ideica más*, prohija con su pluma de oro y acero el maestro Mariano de Cavia, podrán en tierra propia dar expansión á sus sentimientos, y barajar la *jotica* de los matracos con la *cueca* de los araucanos que es, la fecha

del descubrimiento de América aglutinante, que une á los que en estas tierras se han formado, con nuestra sangre, y, piensan, sienten, y rezan con nuestra lengua, la más fuerte de las espiritualidades.

El Estado premió á Don Manuel Lueje con la Cruz de Isabel la Católica, y aun siendo, como orden muy preciada, algo más merece, quien siempre puso alma y vida en honrar el nombre de la patria en el extranjero.

No conozco las ideas políticas de Lueje, pero he visto el retrato de los Soberanos de España en su despacho, y en el salón de su aristocrática mansión, y puedo afirmar, que siente como todos los españoles de Chile, aun aquellos que comulgan en el credo republicano, cariño, devoción y respeto por DON ALFONSO XIII, del que acaba de decir el poeta Marquina, entre aplausos de todos que siempre es el corazón y la voz de España.

RICARDO SALVA

Santiago, Octubre 1916.



D. Manuel Lueje, en su despacho de la casa matriz de la calle de Agustina, de Santiago

LA ESFERA
ARISTOCRACIA ESPAÑOLA



LA DUQUESA DE LA VEGA, retrato original de Manuel López de Ayala

ARTISTAS CONTEMPORÁNEOS
Manuel López de Ayala



MANUEL LÓPEZ DE AYALA

Uno de los lienzos más interesantes de la Nacional de 1917 era el retrato de mujer titulado *Una mo- cila*. Tenía sutil elegancia, natural distinción, va- garosa belleza, y era todo él de una feminidad inquie- tante y turbadora.

Y por sobre estas cualidades, que pudiéramos al- bar como fidelísima interpretación de un modelo muy interesante, resaltaban, además, las otras de una téc- nica dueña de sí misma, de un criterio sanamente cas- tizo, de un temperamento educado en buenas tradicio- nes pictóricas, además de la otra autoeducación menos fácil de la sensibilidad exquisita.

Manuel López de Ayala nació en Toledo el día 23 de Diciembre de 1869, y desdénando otros rumbos más ajustados á lo ilustre de su nacimiento y á la noble tradición familiar, eligió esta romántica y liberal carrera del arte. Pero—apresurémonos á decirlo—sin que ni un solo instante pudiera ser confundido con un simple «amateur», con un aficionado más ó menos entusiasta y capacitado, sino como un verdadero profesional.

Primero en la Escuela de San Fernando y después en los estudios de Plá- cido Francés y Manuel Domínguez, respectivamente, aprendió lo que de oficio pueda tener la pintura, ya que las inaprendibles dotes las poseía antes de entrar en aquellos estudios.

En el de Domínguez tuvo por compañeros, entre otros artistas que hoy día honran como maestros el arte contemporáneo, á Marceliano Santa María y Eduardo Chicharro.

En 1891, ya libre é independiente de toda otra enseñanza que no fuera la de los Museos y siempre generosa de la Naturaleza marchó López de Ayala á Roma. Allí residió largo tiempo; también en unión de Santa María, con quien le une



"Retrato de las señoritas Manso de Zuñiga"
 (Cuadro de Manuel López de Ayala)

sincera amistad, y cuyas excelencias de buen gusto, riqueza decorativa, delicadeza cromática y evocadora tendencia arcaizante, han ejercido notoria influencia sobre el autor de *Una mo- cila*.

Tanto en este lienzo, por todos conceptos no- tabilísimo, como en el titulado *Ventura*—que es delicado retrato de la bella hija de los condes de Cedillo y sobrina del ilustre artista—, hallamos manifiesta la verdadera personalidad pictórica de López de Ayala.

Envolvente, acariciador encanto surge del cua- dro *Ventura*. No parece concebido y realizado por un artista de hoy ni representar á una figura contemporánea. Trae el recuerdo de aquellos bustos policromados del Renacimiento italiano, de aquellas damas enigmáticas y seductoras en- tre las galas suntuosas y entre los brillos de sus joyas. Causa también la impresión de ser la obra de un discípulo de Leonardo, el divino, que aprendiera en el Vinci el secreto de las actitudes reposadas, las manos de afilados dedos, los transparentes velos, las misteriosas sonrisas y las insinuadas lejanías. Todo esto hay en el re- trato de *Ventura*.

Y, sin embargo, *Ventura* es una damita con- temporánea que, por más coquetería de belleza, ha vestido el traje de las campesinas de Mallorca, y que sostiene en su mano derecha, posándole simbólicamente sobre el corazón, un cándido lirio...

Este mismo italianismo arcaizante de *Ventura* podría hallarse en muchas de sus obras, dotán- dolas de cierto empaque de Museo. El retrato constituye la especialidad del arte de López de Ayala, y con retratos ha obtenido sus más sona- dos triunfos.

Alterna, sin embargo, con ellos las fantasías decorativas, como *Plegaria*—lleno de mística unción, de exaltación íntima, como una página del inglés prerrafaelismo—y como *La oveja des- carriada*, que presentó en la Nacional de 1904.

En *La oveja descarriada* se funde el realismo con el simbolismo. Representa este cuadro la vuelta al hogar paterno de la mujer, que de él hu-



"Ventura"

(Cuadro de Manuel López de Ayala)

vera envenenada de profano y falso amor. Junto á la hija pródiga, enseñándole el camino olvidado del bien y de la paz familiares, va la luminosa y flotante vestiduras...

Es la moderna interpretación de las escenas bíblicas. La repetición lógica del anacronismo pictórico que iniciaron los pintores de otros siglos, y que en el nuestro prosaico, desprovisto de riqueza suntuaria, adquiere mayores caracteres realistas.

Al lado de estos lienzos de asunto religioso, López de Ayala interpreta también escenas y tipos populares y cuadros en que la vida castellana aparece con toda su integridad de expresión. Recordemos á este propósito los dos cuadros expuestos recientemente en el Salón del

Círculo de Bellas Artes. Pero, como digo anteriormente, el retrato es su mayor obsesión y su entusiasmo más profundo. Además de los lienzos ya citados ó reproducidos en estas páginas, López de Ayala es autor de algunos tan interesantes como los de la condesa de Cedillo y sus hijas, del duque del Infantado, etc...

Posee importantes recompensas nacionales y extranjeras, á pesar de su notoria indiferencia por ellas, que le hacen vivir un poco alejado de la vida artística activa.

Manuel López de Ayala tiene el propósito de emprender una excursión artística por América y celebrar exposiciones fuera de España.

Laudable es el propósito, y seguramente será fructífera la empresa.

SILVIO LAGO



"Plegaria", cuadro de Manuel López de Ayala



Páginas amenas de la Perfumería Floralia

¡HAGA USTED UN ANUNCIO!

Me llaman por teléfono de la Perfumería Floralia para acordar una entrevista. Acudo á ella como es natural y después de los saludos y cumplimientos de rigor, entramos de lleno en el asunto, que puede concretarse en la conversación siguiente:

—Deseáramos de usted—me dicen—un artículo para LA ESFERA haciendo el anuncio de los productos nuestros: jabón, colonia, polvos, esencias, etcétera; pero un anuncio franco, sin temores ni ambigüedades, sin engañar al lector, que debe encontrar en esta nueva aplicación de la literatura y del arte, coaligados para exaltar lealmente las excelencias de los productos que lo merezcan en realidad, una garantía y una distracción amena. Nada de pensar en habilidades para sorprender al público llevándolo por caminos opuestos al fin perseguido, para que á la postre, como siempre ocurre, se encuentre defraudado y pueda suponer, dentro de la contrariedad sentida, que quien de tal suerte obra para propagar lo que produce ó para facilitar la venta de sus artículos, puede muy bien seguir un sistema igualmente engañoso en la fabricación de aquellos y brindar como excelente lo que es mediano nada más y ofrecer como bueno lo que resultaría favorecido si de francamente malo se le calificara. Nosotros queremos que respaldemos la verdad en nuestras relaciones con el público. Y así, para anunciar, le decimos francamente: —¡Vas á leer un anuncio!—Pero es de usted y de sus compañeros de profesión de quienes depende que lo lean. De igual manera que hemos buscado para el cartel y para el anuncio artístico á los más afamados pintores y dibujantes, queremos contar ahora con el prestigio de los literatos más ilustres—yo me ruborizo un poco, lector, y saludo con una leve inclinación de cabeza—y con el amparo de sus firmas para nuestros proyectos de innovación en el sistema español de propaganda, que puede traer como consecuencia un positivo renacimiento industrial de modernas y provechosas consecuencias para la riqueza del país. Ya sabe usted, pues, nuestro propósito. Bien sencilla es la cosa. Un poquito de imaginación, algo de ingenio y mucho de amabilidad y se encontrará usted hecho el artículo. Fácilmente, sin laberintos de palabras, con jugosidad, con desenfadado, con soltura, como usted lo sabe hacer, con esa gracia, ese arte, ese mérito...

Lector: yo me encontré en la calle aturdido por la elocuencia del simpático gerente de la Perfumería Floralia, hombre hábil, inteligente y listo si los hay; abrumado por el peso de los elogios que me acababa de dirigir y formalmente comprometido con mi conciencia á darle mi voto en las primeras elecciones para diputados á Cortes. Porque este

hombre activo, emprendedor, sagaz, culto, ameno, interesante y de cálido verbo, tiene más derecho y sin disputa mejores aptitudes para ocupar un escaño que todos los monosilábicos diputados de la infiel mayoría.

Liquidado ya esta cuenta de elogios mutuos como cumple á personas bien educadas, vamos á coger el hilo de la proposición para llegar al ovillo del anuncio.

Además de encontrarme en la calle abrumado y aturdido, noté al recobrar por completo la noción de mi existencia, que tenía un pliego debajo del brazo y se excitó mi curiosidad. Procuré desentrañar su misterio y encontré un dibujo rico en colorido y magnífico de composición, que representaba la silueta gentil de una mujer recortada sobre un fondo de intenso azul constelado de estrellas, en el que flotaba como una bandera de paz y de ventura el gracioso airón de una blanca mantilla de seda suelta al plácido viento de la tarde.

Me quedé un poco perplejo. He aquí, dije, un bonito asunto para una bella composición literaria. Ojos de mirar ardiente, labios de suspirar apasionado, brazos mórbidos y ebúrneos hechos para tejer floridas cadenas de amor, manos finas y pequeñas como copos de nieve, leves y sutiles como jirones de niebla, corazones apasionados que palpitan con ansias de cariñosas correspondencias, caras mágicas de divina expresión que retratan la angustia y el deseo, cuerpos airoso, pensamientos felices, ilusiones rosadas que en la hora misteriosa de los crepúsculos vagan por el mundo de la quimera siguiendo á un ansia que no se satisface nunca... ¿Quién podría pedir mejores elementos para componer un himno vibrante y glorioso á la eternamente vencedora belleza femenina?

¡Pero éste es el compromiso! ¡Un dibujo evocador, una obra ensoñadora y fantástica, ¡una mujer!

¡Y sobre todo esto, haga usted un anuncio!

Componer un anuncio de colonia, esencias y polvos con una mujer por único elemento es muy agradable; pero muy comprometido. A poco que quiera uno, hace siempre más de lo que el anuncio pide, sin poderlo remediar.

Yo, por ejemplo, en lugar de escribir el elogio de los productos admirables de la Perfumería Floralia, me dedicaría á cantarle trovas á esta preciosa y quimérica mujer. Echaría mano del más brillante léxico, dejaría en sus oídos la miel de las más bellas palabras.

Profundizaría en su espíritu hasta conocer ese inquietante misterio que encierra la psicología femenina y no sé si me dormiría profundizando; hablaría á su alma, á su carne, á sus sentidos, á sus ilusiones de tal suerte que mis decires fueran

como una música ignota capaz de hacer oír á la intención y al pensamiento de todas las mujeres dulces y consoladoras armonías; la llevaría por jardines de ensueño. Mágicos jardines de árboles hieráticos que en la desolación invernal levantan sus brazos desnudos al cielo en un clamor de airada protesta; silenciosos parques de sendas húmedas cubiertas de musgo y llenas de una medrosa soledad simpática; de callados estanques verdinegros donde los sauces asoman su tristeza de fantasmas encantados y los cisnes esbeltos dibujan el perfil gracioso como una perenne interrogación al Destino; de estatuas ciegas que miran fijamente al melancólico visitante por sus abiertos ojos sin pupilas.

Enlazados por la cintura reposaríamos en un banco de piedra donde la entusiasmada expresión y el calor de las más sublimes inspiraciones pondrían las sentidas estrofas de un tierno madrigal.

Hablando en términos populares, le daría «un buen jabón». De aquí se podría deducir algo conveniente para lo que se me ha propuesto, porque es claro que, al hablar de un buen jabón, ni yo ni nadie dejaría de pensar que del Jabón Flores del Campo se trataba; pero si puedo decir lo mismo de las esencias, de la colonia y de los polvos por cuanto á su calidad se refiere, ¿puedo establecer una relación exacta á la establecida con el jabón y aplicarlos del mismo modo? No en mis días, que para la despierta intención del que leyere siempre habría materia de pecado en esta inocente dádiva, aun siendo los polvos de Flores del Campo los que, en cumplimiento de la obligación aceptada, hubiera de dedicar á la ideal mujer del dibujo, encerrando mis entusiasmos en una ofrenda que habría de ser por la beldad más agradecida seguramente que todas las riquezas de este mundo y todas las venturas del otro.

Desisto, por consiguiente, de hacer el anuncio. ¿Y sabes por qué, lector? Porque creo honradamente que no es necesario. El grado de perfeccionamiento conseguido por la perfumería española lo demuestran los productos de la Perfumería Floralia con más elocuencia aún que la del gerente de dicha Sociedad.

Las esencias, los polvos, los perfumes, la colonia y los jabones Flores del Campo no necesitan más anuncio que la simple relación de sus nombres. Ni hay posible imaginación que los pondere ni hay fantasía que los exalte, porque en su naturaleza y condición llevan el más grande elogio, la más formidable garantía y la más segura propaganda.

ROGELIO PÉREZ OLIVARES

DIBUJO DE LUIS GARCÍA FALGÁS